

MERECIDO HOMENAJE
al Botánico Anglo - Costarricense
DON CARLOS H. LANKESTER
varón sencillo y ejemplar

Por FRANCISCO MARIA NUÑEZ



Don Carlos H. Lankester.



01
El Instituto Costarricense de Cultura Hispánica, que desde hace varios años realiza tarea ejemplar en esta Capital, tiene dispuesto, cada Semana Cívica, dedicar un día a la exaltación de un valor de las letras, las ciencias o las artes.

Esto es, poner de relieve, en el mes de la Patria, setiembre, los méritos de alguno de sus mejores hijos. Los que, con sus trabajos, sus desvelos, le han dado timbre de orgullo.

Se rompió este año la tradición, al escoger a un ilustre hombre de ciencia, de nacionalidad inglesa, para hacerle un reconocimiento público de sus investigaciones respecto a la flora nacional.

Don Carlos H. Lankester, el ciudadano honrado con esa distinción, ha vivido desde los diecisiete años en Costa Rica. Ha recorrido el país en todas direcciones. Formó una finca modelo: "Las Cóncavas". Ha descubierto más de cien especies nuevas de plantas y más de veinte de ellas llevan su nombre. Ha contribuido a engrandecer los herbarios de varios museos extranjeros. En fin, ha sido un insigne trabajador que ha honrado a Costa Rica. Quizá más que muchos costarricenses, de los de nacimiento.

Hay otro mérito que abonarle a don Carlos H. Lankester: su constante relación con los botánicos más distinguidos; inclusive hizo posible su visita a Costa Rica, acompañándolos en sus recorridos por las montañas, recolectando especies.

Especial interés puso el señor Lankester en el estudio de las orquídeas y pudo obtener nuevas variedades, tras paciente tarea de polinización y cuidado esmerado. Cuando tuvo necesidad de vender su finca "Las Cóncavas" —no sin dolor— se propuso formar otra modelo, que llamó "El Silvestre". Quería tener una parcela de bosque y conservar algunos árboles de montaña, cuya especie va desapareciendo. Eso ha sido el señor Lankester: un amante de la Naturaleza; un agricultor con sentido de investigador y de conservador de la flora silvestre.

Muchas frases se podrían agregar, en elogio y reconocimiento de la obra realizada por el señor Lankester —en beneficio de Costa Rica y de la botánica— pero hemos de poner punto final, diciendo que otra gran virtud de este caballero inglés, es el culto a la amistad. Leal, generoso, preocupado por sus amigos. Cuando quiere testimoniar a alguno su simpatía, le envía una de sus mejores orquídeas.

Su Majestad la Reina Isabel II condecoró a Mr. Lankester con la Orden del Imperio Británico; el Instituto Costarricense de Cultura Hispánica, le entregó un modesto pergamino, en sesión memorable.

La presencia de Mr. Lankester, en su silla de ruedas, para leer unas palabras de agradecimiento, fue la nota sentimental, profundamente emotiva. Lo confirmaron los aplausos repetidos.

REVISTA DE AGRICULTURA se une al homenaje a Mr. Lankester, y en su honor, reproduce el magnífico estudio biográfico escrito por el botánico costarricense, también nuestro colaborador y amigo, don Otón Jiménez.

Era justo que Costa Rica tributara un homenaje al gran botánico y mejor servidor, Mr. Carlos H. Lankester, ejemplo de laboriosidad, trabajo y estudio.

Mr. Lankester pertenece al grupo de científicos que dieron a conocer la flora costarricense en los principales centros mundiales: Pittier, Tonduz, Wercklé, etc.

Al gran sabio costarricense, de origen inglés, Mr. Lankester, nuestra enhorabuena y con ella nuestro reconocimiento. Que Dios lo conserve por muchos años!

Charles Herbert Lankester

Order British Empire
Erudito naturalista
Costarricense de corazón

Por OTON JIMENEZ, Ph. G., Phar. D.

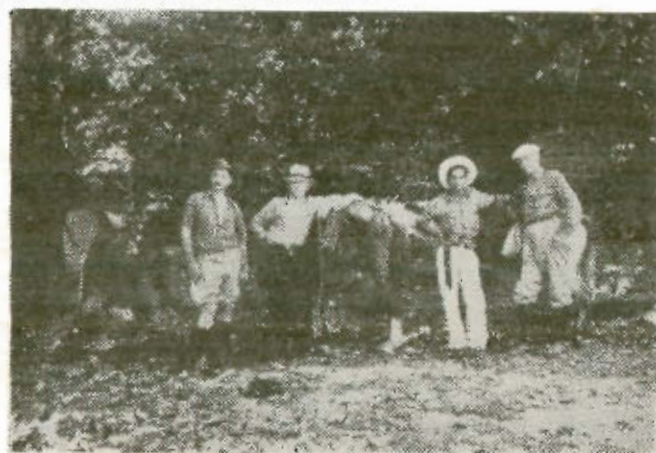
(Reproducido de LA NACION, Julio 20 de 1967)

Allá por 1911 me encontraba una mañana identificando unas plantas con las colecciones del Herbario del Museo Nacional, en el Laboratorio de Botánica, situado en el segundo piso de la torre del Observatorio Meteorológico, —levantada por Pittier y recientemente demolida al construirse el monumental edificio del Seguro Social— cuando se me presentó Adán Lizano, taxidermista del Departamento de Zoología, acompañando a un "machito" vestido impecablemente a la inglesa, con saco deportivo de "chinilla", "breeches" y polainas ajustadas: "Le presento a Mr. Lankester, un viejo amigo", me dijo, mientras ambos trataban de sacarle provecho a sendos puros "chircagres", notables por su incombustibilidad y carencia de aroma.

Tengo muy presente su sonrisa burlesca al darme la mano, al observar mi aspecto de "gamin" que a los estudiantes de aquel tiempo nos daban el pantalón corto, medias largas y hasta blusa marinera en ocasiones, antes de "echarnos la media vara" que era el espadarazo para pertenecer al grupo de la gente seria. Lankester era entonces administrador de la Hacienda Cachí, de los hermanos Lindo y ya era mundialmente conocido como naturalista de altos quilates y de muy versátiles inquietudes, pues su gran amor a la Naturaleza de nuestra Patria hizo de él uno de los más eminentes colectores de plantas, insectos, pájaros y otros representantes de nuestra riquísima Fauna. Desde entonces, con la sola interrupción de tem-

porales ausencias del país, hemos cultivado las más cordiales y gratas relaciones de amistad, cimentadas por el mutuo interés en las cosas de nuestra privilegiada Naturaleza. Aunque por razón de mis obligaciones de trabajo, con jornadas de 12 horas diarias, sin domingos ni feriados por muchos años, no pude hacerlo con la deseada frecuencia, tuve el privilegio, no obstante, de hacer en su compañía inolvidables excursiones en busca de plantas, en los montes de Cachí, en las márgenes del San Carlos o del Térraba, en las maravillosas selvas de la Honduras, del Cedral de Miramar y de tantas otras zonas de interés botánico. En cambio él, dedicado siempre a faenas agrícolas, tuvo las máximas oportunidades para explorar numerosos rincones del país, recogiendo muestras y llevando a su Jardín en Cóncevas, —que es un pedacito del Paraíso Terrenal,— los variados y conspicuos representantes de nuestra Flora, principalmente ornamentales y de interés científico.

Adquirió la hacienda Las Cóncevas, cultivada de cafetos, que perteneció al patricio costarricense Lic. D. Ezequiel Gutiérrez, después de varios arreglos entre bancos y firmas cafetaleras y se dedicó a ella en cuerpo, alma y corazón. Algunos amigos suyos dijeron, burlescamente, que todo su interés se limitaba a conservar una laguna que se forma durante la estación lluviosa, donde descansan los patos migratorios procedentes del Canadá, para deleitarse contemplándolos y para evitar los estragos de los cazadores furtivos,



El Sr. Lankester acompañado de los eminentes botanólogos Dres. Edward A. White y Norman C. Yarian, en busca de orquídeas en los selvos de Guanacaste, en 1936. (Del libro *American Orchid Culture*, Dr. E. A. White - New York, 1946).

acostumbrados desde muchos años atrás, a disponer de ellos como de cosa propia.

Cóncavas se convirtió pronto en finca próspera y valiosa bajo la inteligente y cariñosa atención de sus nuevos dueños, porque protegiendo los pájaros y los árboles se restableció el equilibrio de la Naturaleza. Los charrales que había por doquiera se convirtieron en jardines y huertas, no quedando pedazo de tierra sin ser sembrado con algo, con lo que yermos a causa de la deforestación incontrolada se convirtieron en zonas llenas de vida y belleza. En la parcela reservada para jardín plantaron árboles, procedentes no sólo de todos los rincones de Costa Rica sino también de los cinco Continentes, creciendo en armonía perfecta representantes conspicuos de orquídeas, aráceas, helechos, begonias, palmeras, cactáceas, bromelias, etc., con enredaderas, epífitas y parásitas, en troncos vivos o secos, en arriates y macetas o macizos de flores vistosas, protegido todo por setos vivos, cuidado con amor y esmero, clasificado, numerado y rotulado con sus nombres técnicos, indicación de procedencias, fechas, observaciones, etc., figurando los más en registros especiales, además de conservarse bien clasificados en los frescos archivos de la privilegiada memoria de su dueño.

Las cosechas de café mejoraron mucho y le dieron al propietario de la finca medios suficientes para disfrutar de vida feliz e independiente y mantener en buen plan a su apreciable familia y al naturalista de corazón la satisfacción espiritual para disfrutar de sus colecciones de Historia Natural, vivas o muertas, de los valiosos libros de su escogida biblioteca, de sus cuadros, dibujos, fotos, piezas arqueológicas de nuestros aborígenes o procedentes de muchos otros países que tuvo oportunidad de visitar, todas selectas, raras o bellas, de altísimo mérito para los amantes del Arte y de la Ciencia. La casa, de antigua fábrica, con amplios corredores, parece enclavada en la selva virgen, no obstante que se respira el ambiente de hogar culto, limpio, cordial y acogedor para el visitante, dulcificado por la presencia de su gentil compañera y encantadora familia. Porque en la familia Lankester jamás existió la tuesura y petulancia de algunos extranjeros que por considerarse de raza superior no pierden ocasión para manifestar su desprecio a nosotros los criollos. Su jefe, caballero por la cuna, por su cultura y por la suprema voluntad de su Reina Elisabeth II de Inglaterra es un romántico que quizás

se siente más tico que inglés. En su conversación emplea con soltura términos usuales del lenguaje vernáculo campesino, porque es en el campo donde siempre ha convivido con nosotros y sólo se le nota su origen extranjero en el color claro de sus ojos, su acento sajón muy debilitado por los largos años de vida costarricense y por el inseparable y mal oliente "chircagre" que fumó hasta hace pocos años, cuando el médico le prohibió el tabaco. (1)

CHARLES HERBERT LANKESTER WEST nació en Southampton, Hampshire (Inglaterra) el 14 de Junio de 1879, siendo sus padres Charles Lankester y Helen West. A los tres años de edad quedó huérfano de ambos. Su padre fue Oficial de la Marina Mercante de Oriente y Australia. Recogido junto con una hermana por dos tías, hizo sus primeros estudios en varias escuelas y colegios de su ciudad natal y siendo todavía muy joven trabajó como meritorio en un taller fotográfico. Habiendo logrado reunir unas economías viajó a Londres e ingresó en el Instituto Politécnico, especializándose en la técnica de la fotografía en colores, en sus comienzos entonces.

Trabajando en un estudio fotográfico leyó un aviso en el "Daily Telegraph" ofreciendo

(1) Cabe aquí reproducir lo que el doctor salvadoreño Juan Llorc escribió en el diario *La Prensa Gráfica* de San Salvador (Sep. 28, 1960) con motivo de la visita que hizo a las Cóncavas con algunos compañeros.

"Insistimos en buscar al Sr. Lankester y lo encontramos en su casa de Cartago que tiene un patio exterior donde crecen dos *piralos*, frente al COVAO. La amabilidad del inglés refinado se dejó entrever desde el primer momento, en su deseo de transmitir conocimientos, de desbordar el acopio de cultura adquirida a través de largos años de observación y estudio. Además del "hobby" que lo ha hecho famoso, de cultivar orquídeas, posee preclaro tesoro en su colección de piezas de arqueología y de jade antiguo. La modestia con que vive, no concuerda con el grandioso lujo espiritual que posee sin ostentación. —¿Cómo ha conseguido todo esto? —le preguntamos. —Cuando algún "huaquero", que abundan mucho, se halla algo, ya sabe encontrar al "tonto" a quien vendersele. Hace poco vendí una finca de café para seguir comprando estas tonterías, nos dice con una sonrisa.

La variedad de orquídeas que posee en su finca "Las Cóncavas", es fabulosa. La mayoría son nativas, encontradas en los bosques del país; otras son traídas de lejanos países, propiamente por D. Carlos o por envíos de amigos a base de canje. Con gran facilidad las nombra, ya sea usando el nombre científico (*Oncidium*, *Odonoglossum*, *Miltonia*, *Cattleya*, etc.) o el nombre vulgar con que son conocidas (Lluvia de Oro, Flor de Mayo, Guarias, etc.) o las reconoce por el nombre de la persona que se la obsequió (Consuelo Mata, etc.)."

empleo en Costa Rica para un joven inglés como asistente en la "Sarapiquí Estates Co. Ltd.", compañía recién fundada para cultivar café y escribió solicitando la posición. Habiendo sido aceptados sus servicios, firmó un contrato por tres años, con pasaje de ida y regreso, con un sueldo de CINCUENTA COLONES por mes durante el primer año, CIEN durante el segundo y CIENTO CINCUENTA el último. Este contrato terminaba en el año 1900.

Su primer jefe fue D. Santiago Vinter. La zona donde se sembraban los cafetales, Sarapiquí, siendo entonces completamente boscosa, era una de las más lluviosas y húmedas del país, como lo es todavía a pesar de que ha sido, y es, salvajemente deforestada. Durante el último año y poco antes de que la dicha compañía se liquidara, la lluvia alcanzó 250 pulgadas, las comunicaciones se interrumpieron al extremo de que faltaron los viveres, sembrando la indisciplina y la deserción.

La Sarapiquí Estates Co. Ltd. estaba integrada por muy ricos inversionistas ingleses contando con setenta mil libras esterlinas de capital. La firma local Rothe Hermanos había logrado una concesión del Gobierno para cultivar café sin sombra, al estilo de Ceylán, además de banano y le vendió a los ingleses los terrenos graciosamente adquiridos. Pero éstos, después de siete años de lucha desesperada contra los elementos naturales, clima, enfermedades parasitarias y toda suerte de adversidades, se retiraron, dejando abandonadas sus máquinas, equipos y materiales, parte de los cuales pueden verse todavía cuando se viaja por esa zona, en proceso de desintegración por la acción destructora de la intemperie. Esta maquinaria y equipo fueron importados de Ceylán y el costo de acarrearla y montarla en su lugar de destino fue fantástico, habida cuenta de la inexistencia de caminos y la naturaleza blanda y fangosa del suelo, debiéndose "empalar" grandes trechos de camino para que las cureñas no desaparecieran en el lodo junto con su carga.

Maravillado por la lujurante vegetación de esa zona, pronto se interesó en su estudio. Tuvo ocasión de conocer allí al Profesor Henri Pittier cuando visitó esa interesante región, iniciando una estrecha amistad basada en sus comunes inquietudes, que duró toda la vida. Además de plantas e insectos colectó también pájaros para el Doctor Inksetter, que lo inició en los estudios de Ornitología y le enseñó taxidermia. Muchos des-

cubrimientos en esta rica rama de la Zoología fueron logrados en esta época.

Terminado su contrato con la compañía cafetalera, regresó a Inglaterra. Pero pocos meses después volvió a Costa Rica llamado por Pittier para encargarle el servicio de la Estación Agrícola Experimental que la United Fruit Company deseaba establecer en Zent, hoy Estrada. Por su mala fortuna, al llegar a Limón supo que el proyecto había fracasado por cuanto John M. Keith y Pittier se habían desconectado de la Frutera por malos entendidos, quedando al garete el Sr. Lankester. Pudo, no obstante, conseguir los medios de vivir trabajando en las fincas La Lola, La Holanda, Río Banano y Beverly. Aquí enfermó gravemente de paludismo, debiendo recluírse en el Hospital de Limón. Posteriormente trabajó con el ingeniero George Stevens en la demarcación de la Reserva Astúa-Pirrie. También colectó insectos para el Doctor Schaus y pájaros para el Carnegie Institute, de Pittsburg.

Cecil V. Lindo y Thomas Scott conociendo sus capacidades para el trabajo, su carácter firme y sentido de responsabilidad, lo llevaron en 1907 al Banco Comercial de Costa Rica, dirigido por ellos para el puesto de segundo cajero, y un año más tarde, el propio Lindo le encargó la administración de su finca "Cachí". En 1908 volvió a Inglaterra para contraer matrimonio con Miss Dorothy Hawker, de Bournemouth, Condado de Hampshire, regresando nuevamente a Cachí en donde trabajó hasta 1917. Este decenio fue especialmente fructífero en exploraciones e investigaciones en todos los ramos de la Historia Natural. Fue amigo muy apreciado y eficiente colaborador de todos los naturalistas de aquella Edad de Oro: Pittier, Biolley, Tonduz, Wercklé, D. José C. Zeledón, D. Anastasio Alfaro y otros. Volvió a Inglaterra en 1920 para que su pequeña familia, de cinco niñas y un varón, se educaran en colegios apropiados.

"Las Cóncavas", fue siempre una finca modelo, aun cuando no perteneció a la zona cafetalera de más altos rendimientos, siendo su producción muy superior a la de las fincas vecinas. Fue constantemente visitada por conocedores, quienes no siempre querían reconocer que su prosperidad y buenas cosechas se debían a la atención esmerada de su dueño, y no a otras causas. En 1955 encontró un comprador que le pagó un precio justo y con dolor en su alma la desalojó, reservando sin embargo, el lote de su ma-

raviloso jardín botánico, para disfrutarlo de por vida.

Además de este jardín, el naturalista Lankester adquirió una pequeña finca en la vecindad de Alajuela, donde brota de las rocas un chorro de agua purísima, como en Ojo de Agua, porque encontró aquí condiciones ideales para establecer una sucursal de su jardín botánico en tierra templada. Esta finca fue también transformada por las hábiles manos de su dueño, sembrándole plantas ornamentales propias para climas cálidos, recogidas en Costa Rica o importadas de todas las zonas tropicales del mundo. En una excursión que hicimos hace unos años a una finca situada en las márgenes del Diquís, pernoctamos en una casa al lado de la Carretera Interamericana, frente a un trozo de magnífico bosque del Pacífico seco. Tanto le impresionó su belleza y majestuosidad, por sus gigantescos árboles, rica vegetación y el encanto del paisaje que compró un pedazo de la montaña para construir un rancho pajizo, como los de los indios de Talamanca, y vivir allí unos días vida apacible y simple, "alejado de mundanal ruido". No lo logró, sin embargo, pues muy pronto fue salvajemente devastado y robado por los vecinos.

Una estación de tan notables características como "Cóncavas", y su Director espiritual, no podían pasar desapercibidos de los naturalistas y aficionados del Universo. Por tal motivo, mientras residió allí, fue visitado por los más eminentes hombres de Ciencia que viajaron por el istmo centroamericano. Cito unos pocos nombres, pues sería imposible hacer una lista completa: Arthur Hill, Director de Kew Gardens, Thomas Barbour, de Harvard, C. W. Powell, notable orquidólogo de la Zona del Canal, Harvey Stork, William R. Maxon, Wilson Popenoe, Otto Porsch, Philip P. Calvert, J. A. Rehn, Carol W. Dodge, Paul C. Standley, Louis O. Williams, Motley Roberts y muchos más que disfrutaron de la sencilla y gentil hospitalidad de sus anfitriones. Ha mantenido con sus colegas costarricenses las más cordiales relaciones, en el pasado y presente, recordando entre otros a Pittier, Biolley, los hermanos Brade, D. Fidel Tristán, D. Anastasio Alfaro, Rubén Torres, Juvenal Valerio, Jorge León, D. José C. Zeledón, Ferdinand Nevermann, Carlos Wercklé, etc. A Tonduz lo acogió familiarmente en sus tiempos duros. Precisamente cuidaba el jardín de "Cóncavas" cuando en febrero de 1921 D. Julio van der Laet se lo llevó

a Guatemala para que se hiciera cargo del Servicio de Patología Vegetal, en la Dirección General de Agricultura, la posición mejor pagada de su azarosa vida, aunque por corto tiempo, pues descansó en la paz del Señor en diciembre del mismo año. El autor de estas líneas ha tenido también el privilegio de compartir el pan y la sal en varias ocasiones, a lo largo de más de cinco décadas de amistad invariable. Lankester ha sido un Mecenaz de singulares virtudes y cuando no tuvo ocasión de dar ayuda material a sus amigos, siempre supo, —y sabe—, darse por entero a quienes solicitan informes de lo mucho que sabe sobre las cosas de la Naturaleza de nuestra Patria, en lo que no tiene igual.

Fue nombrado miembro de la Directiva del Museo Nacional, durante la segunda Administración de D. Cleto González Víquez, siendo sus compañeros el Dr. Clodomiro Picado (Clorito), Da. Amparo de Zeledón, D. Eladio Prado, los Profesores D. Anastasio Alfaro y D. José Fidel Tristán en socio del suscrito. Por razones políticas muy lamentables esta Junta hubo de desintegrarse. Aquí y en varios países extranjeros ha ofrecido numerosas conferencias sobre plantas ornamentales principalmente, colaborando siempre, sin tacañerías, en toda causa noble y concurriendo a las exposiciones florales del Garden Club, del que es Presidente de Honor, presentando lo más bello y lo más raro del inagotable arsenal de sus jardines. Porque su talento y espíritu de servicio lo trae de casta: un primo de su padre, Sir Ray Lankester, fue Director del Museo de Historia Natural de Londres.

Durante su larga y fecunda existencia, Lankester tuvo ocasión de realizar numerosos viajes, a su país natal principalmente. Su esposa vivió en Londres diez años, mientras atendía la educación de sus hijos. En 1934 visitó Tenerife y exploró la isla en compañía del Profesor Juan Bolinaga, Director del Jardín Botánico. El siguiente año viajó por el Brasil y después de atravesar el Continente, salió por Bolivia.

El Gobierno de S. M. Británica lo contrató para estudiar sus posesiones en Uganda (Africa Oriental) en relación con el cultivo de café, poco después de la primera Guerra Mundial. Exploró y trabajó en dicha zona durante más de un año, haciendo el regreso a Inglaterra por Egipto, viajando durante muchos días Nilo abajo. Sus informes y observaciones, basados en el material recogido personalmente se publicaron en re-

vistas inglesas. Encontró una orquídea nueva, una compuesta y un género de iridáceas desconocidos. A Costa Rica introdujo, de esta procedencia, muy lindas especies florales, como el lirio blanco de Uganda (*Crinum*), los ya muy populares árboles "Llama del Bosque" "Kifu Bakasi", o "Tulip tree" (*Spathodea nilotica*) varias orquídeas y cactáceas muy interesantes y la conífera, ya aclimatada, *Widdringtonia*, procedente de Nyasaland. En una ocasión se encontró con una leona, mientras viajaba en bicicleta, animal ya escaso entonces, sin graves consecuencias afortunadamente, pues huyó.

En 1928 compró al ex Presidente D. Ricardo Jiménez unos terrenos en Peralta y los sembró de banano. Pero apenas comenzaban a cosechar, un violento temporal destruyó el puente sobre el Reventazón, dejándolo incomunicado sin poder sacar la fruta al ferrocarril, por lo que tuvo que abandonar estos cultivos. Pocos años después se habían convertido de nuevo en bosque, pero tampoco pudo aprovecharlo porque los vecinos lo cortaron para robarse la madera y convertirse en parásitos.

Pocos naturalistas residentes en Costa Rica han contribuido en tan gran escala al estudio y descubrimiento de especies no conocidas de plantas y animales como nuestro amigo. Las orquídeas fueron siempre sus predilectas y a esta notable familia se encuentra vinculado su nombre con mayor frecuencia. Y es porque a su inquietud científica se une su delicado temperamento artístico, virtudes que pocas veces se encuentran en la misma persona. Para él todas son bellas, lo mismo la Reina Guaría de Turrialba como las diminutas *Pleurothallis* que escapan al ojo de los profanos, confundidas con gramíneas o ciperáceas.

Tuve el privilegio de disfrutar de su compañía en algunas excursiones a varios lugares del país, en plan de herborizar y recoger plantas vivas. Recorrimos muchos lugares, a veces con fortuna y otras sin ella, aunque siempre disfrutando de su inagotable erudición, de sus observaciones precisas e inteligentes sobre lo que encontrábamos en el camino, fruto de su talento innato y disciplina mental. Por razón de mis obligaciones de trabajo, nuestras excursiones fueron siempre cortas, aunque bien aprovechadas. En el verano de 1923 llegamos hasta la hacienda de una familia Quesada, el noreste del Muelle de San Carlos, después de recorrer a lomo de mula, desde Alajuela, las zonas de Zarcero, La Marina, Aguas Zarcas, Kosch-

ny y otros lugares. Al observar unas orquídeas florecidas en un árbol de guanacaste se subió a cogerlas, con la mala suerte de que la rama se quebró, cayendo al suelo en forma peligrosa, aunque por fortuna sin consecuencias posteriores. Pero el doloroso golpe lo inmovilizó y nos obligó a precipitar el regreso, en busca de atención médica, remontando el San Carlos en un pequeño cayuco, sin confort ni siquiera de sombra que nos protegiera contra la inclemencia solar, avanzando muy lentamente a fuerza de palanca. Así llegamos a Muelle, en donde fuimos muy gentilmente atendidos por el Jefe del Resguardo Fiscal, el ex sacerdote D. David Vargas Valenciano, culto y talentoso, buen cristiano y de gran corazón, aunque de genio vivo y arrebatado a veces. Había sido antes cura párroco de Zarcero y de varios otros lugares de la República, pero convencido de que era más hombre de lucha que pastor de almas, se estableció cerca de Muelle, emprendiendo en ganadería y agricultura. Por entonces era la máxima autoridad civil y militar de la zona y combatía con honestidad y energía el contrabando y el crimen. Mucho le agradecemos su oportuna ayuda y cumplimos con el deber de reconocerla y recordarla en toda ocasión.

No habiendo llegado con oportunidad los auxilios médicos que por telégrafo pedimos a San Ramón, después de dos días de espera decidimos emprender el viaje a Río Grande para abordar el tren a la capital. Nos tomó como quince horas seguidas hacer el trayecto hasta la estación de Río Grande, paso a paso, sin desmontar, y sin descansar, ni siquiera para echarnos un bocado al estómago. En un coche agregado al tren de pasajeros venía el Sr. Ministro de Educación Pública, Profesor Don Miguel Obregón, con su familia y algunos funcionarios. Siendo condiscípulo y gran amigo de mi madre, me reconoció enseguida y nos invitó a quedarnos en su compañía, lo que agradecemos de corazón, pues. D. Carlos pudo disfrutar de algunas comodidades que no tenían los coches corrientes, atestados de viajeros hasta más del límite de su capacidad. Esa misma tarde pudo regresar a su hogar en Cúncavas en donde pronto logró restablecerse, gracias a los solícitos cuidados de su dulce compañera Da. Dorothy y a su recia complejión, sin otras consecuencias, afortunadamente, que el recuerdo ingrato del accidente.

Las plantas que recogimos durante el viaje, algunas vivas para sembrar en el Jar-

dín de Cóncavas y varios paquetes para secar como material de herbario, las empacamos en sacos de yute y como no podíamos traerlas nosotros mismos disponiendo de sólo dos mulas, recomendamos despacharlas por carreta a Río Grande para reexpedirlas luego a San José, pagando de antemano, generosamente, el precio del acarreo y flete de ferrocarril. Pero nos sucedió lo que a otros colectores de plantas, en circunstancias similares: a nuestro encargado, a pesar de su cara de campesino honrado, lo tentó la codicia, se quedó con el dinero, y las plantas, obtenidas con tantos sacrificios, jamás llegaron a nuestro poder. O quizás creyó que el "monte" que recogimos con tanto afán e interés podía tener un valor extraordinario y desconocido que lo haría rico fácilmente, como pensó el bandolero ecuatoriano que asaltó y robó al botánico José de Jussieu, en 1770, las colecciones de plantas secas, fruto de 35 años de trabajo paciente y abnegado, sospechando que era un tesoro lo que contenían aquellos fardos tan celosamente transportados y cuidados a

través de montañas, despeñaderos y caminos fragosos. Nosotros no perdimos la razón como el científico francés, pero pensamos con amargura en nuestros perdidos esfuerzos.

Recordando muchos años más tarde nuestra odisea en San Carlos, el amigo Lankester comentaba: "El caerse de un palo por quebrarse las ramas lo hace cualquiera, pero llegar a tierra con una orquídea geófito en la mano, si es cosa notable. En mi caso era un ejemplar de la *Peristeria elata*, Hook, nunca señalada antes como epífita. Es la conocida "Flor del Espíritu Santo" o "Flor de Paloma" declarada Flor Nacional en nuestra vecina Panamá. En éste, por otra parte, dichoso viaje, tuvimos la suerte de ver por primera vez, *Galettia grandiflora*, que luego encontramos abundantísima en El General, *Warrea costarricensis*, orquídea terrestre aliada de *Perictoria*, pero de flores distintas a la del valle del Reventazón, propia de lugares húmedos. De camino vimos en el jardincito del Correo de Zarceño, cultivada, la muy hermosa compuesta trepadora *Hidalgia Wercklei*, planta ya rara aunque



El Jardín de Las Cóncavas, un pedacito de Paraíso Terrenal.

merece un lugar distinguido en todo jardín donde su cultivo es posible".

Visitando en época reciente el distrito de Cedral, cantón de Montes de Oro, donde el exquisito amigo Licenciado D. José Vargas Porras tiene terrenos que conservan todavía majestuosas montañas y en donde los quetzales vuelan en libertad como símbolo que de ella son, caminando ya muy penosamente a causa de achaques artríticos, me decía: "Estoy muy agradecido de Costa Rica, porque puedo decir que he sido aquí muy feliz. No ciertamente porque lograra cuantiosos bienes materiales, pues mi fortuna es modesta. Tampoco me he escapado de afrontar situaciones difíciles de salud, ni de familia, ni reveses de negocios, ni las mil calamidades propias de nuestro paso por la vida, pues de todo he tenido, incluso el dolor de ver partir a la Gloria Eterna a mi abnegada esposa, tan delicada y cariñosa. Pero debo agradecerle al buen Dios que me ha dado larga vida para disfrutar plenamente de esta maravillosa Naturaleza de Costa Rica. ¿Qué mayor felicidad podría yo esperar?" Ambos nos emocionamos y se nos llenaron de lágrimas los ojos.

Nuestro viaje a Cedral fue el último que hice en su compañía. Su afección artrítica,

al agravarse, lo ha obligado a mantenerse quieto, aunque no inactivo, ya que continúa visitando sus jardines y cuidando amorosamente sus queridas matas, con la ayuda de bastones y silla de ruedas. Mantiene continua y activa correspondencia con viejos corresponsales en todo el mundo, lee, estudia y conversa sobre lo que siempre le ha interesado y querido, como en sus años mozos, ya que conserva frescas y brillantes sus facultades espirituales, al igual que su privilegiada memoria. Es una lástima que sea muy poco lo que ha escrito. Su gran labor ha sido en el campo, en plena Naturaleza. (2)

De su final refugio en el Barrio La Guaría, en Moravia, me envía de tiempo en tiempo algunas notas y comentarios. Escojo entre ellas algunas que estimo de mucho interés:

"Como puede ser de mucha utilidad para el país, le cuento que existe en mi jardín un árbol que fue identificado por el Doctor Ho'dridge como un *Prunus*. En los diez años de residir aquí nunca ha florecido, pero no obstante, puede propagarse por injerto y no imposible que provea pie para todas las frutas de su familia (ciruelas, duraznos,

(2) A pesar de su colosal labor en las varias ramas de las Ciencias Naturales, Lankester ha dejado muy limitados escritos. En "Orchid Review", revista inglesa especializada en Orquídeas, figuran varias notas y observaciones suyas, en colaboración con Robert A. Rolfe (1855-1921), conocido botánico inglés conectado con los Kew Gardens. Es notable, por las numerosas observaciones sobre la flora africana, su informe al gobierno británico sobre los entonces incipientes cultivos de café en Uganda.

En revistas locales aparecieron de vez en cuando algunos artículos suyos, con muy valiosas observaciones y comentarios, principalmente sobre sus favoritas orquídeas. Reproduzco algunos párrafos a continuación:

Cattleya Dowiana (Guarí de Turrialba)
por C. H. Lankester — *Revista del Instituto de Defensa del Café*.

Tomo XV N° 131 Páginas 538-141

Costa Rica posiblemente sólo tiene 3 especies del magnífico género *Cattleya*, colmo de las orquídeas, cuya opulenta belleza ha sido la base del inmenso número de híbridos modernos, legiones ya casi astronómicas en cantidad y que a fuerza de continuo intercambio de las más deseadas cualidades, tanto de forma como de contrastes de color, ya van superando en regio esplendor aún a las más bellas variedades silvestres. De las tres en referencia, dos son muy similares: *Cattleya Skinneri* y *C. Deckeri*. Esta última podrá ser simplemente una forma costeña de la muy popular FLOR NACIONAL, la

Guarí Morada, ya consagrada, en forma filatélica y cuya gran abundancia alegra las calles de San José en los meses de marzo y abril y es también usada para adorno de los Altares, sobre todo en Semana Santa.

Queda, pues, por considerar, la otra, la Guarí Reina, la matizada, la Guarí de Turrialba, villa de donde antaño salían muchas, tanto a la Meseta Central como para exportarse y creo que este último nombre es el más corriente, aunque el uso de su nombre específico de *Dowiana* está ya muy generalizado.

Debemos considerar por un momento que este nombre se debe al Capitán Dow quien a mediados del siglo pasado cumplió un uso de los buques mercantes que tocaban en puertos del Pacífico y como se interesaba por plantas y pájaros raros y nuevos para él, en muchas veces para la Historia Natural del país, principalmente en tres especies notables a saber: *Cattleya* y *Lycaste*, orquídeas y *Alliste Dowiana*, un patarillo de la familia *Langaridae*, que en el acervo de brillantes avejillas de esa alianza, es uno de los de más modesto plumaje, que habita en las montañas de la Meseta Central; sobre todo en la Vertiente Atlántica de 4 mil a 6 mil pies sobre el nivel del mar.

Mas no fue el Capitán Dow el primer investigador o científico en constatar la existencia de la bellísima Turrialba, sino el famoso sabio danés Andre Sandoe Oersted allá por el año de 1847. Sus colecciones fueron identificadas y clasificadas por el Botánico y naturalista H. G. Reichenbach de Viena, quien la refirió a *Epidendrum labiatum*, desechando el género *Cattleya* que años después rectificó, además de que en aquel entonces todas las variedades de *Cattleya labiata* monofilas eran

melocotones, etc.) y que ellas se adapten por naturaleza nativa a todo el Valle Central. Hago hincapié en que se investigue esto. Es mi esperanza que lo haga José María Arias, en Río Segundo. También me han dicho de una persona en San Antonio de Belén, que podría hacerlo. A mí me es imposible por mi incapacidad física. Hay que hacer primero muchos "mossings" para contar con bastantes pies para injertarlos, dejando crecer otros en su forma natural. Pueden hacerse también injertos del mismo árbol. Creo que bien vale la pena hacerlo, ya que este *Prunus* casi no se conoce".

Tengo que reconocer el lamentable fracaso que tuve al tratar de introducir y dispersar la preciosa conífera *Widdringtonia Whitei*, de Nyassalandia, que ví por primera vez en el Jardín Botánico de Uganda, conocida como "Milongi Cedar". Años más tarde se me ocurrió escribirle al Departamento Forestal de allá pidiéndole semillas. Se envió una pequeña expedición para conseguir las, las que me llegaron sembradas en sphagnum. Se plantaron alrededor de 23.000 arbolitos, principalmente en Dulce Nombre de Cartago, pero la mayor parte se perdie-

consideradas simplemente como subespecies del prototipo *Cattleya Labiata*; y es sorprendente que a este nuevo hallazgo del botánico danés no se le hubiese dado un nombre. Posiblemente no tuvo material suficiente para hacer una descripción y así fue como le tocó en suerte, pocos años después, al Capitán Dow quedar honrado para siempre en asocio de tan bella compañera.

El árbol preferido por esta Reina caprichosa es el Laurel (*Cordia alliodora* (R. & P.) Cham.) pero a veces elige otros y aún los más impropios como jifote (*Bursera simaruba* (Berg.) Sarg.) cuya cáscara lisa no ofrece sitio seguro a sus raíces. En cultivo, en la tierra caliente, prospera bien encajada en una orqueta de madero negro, o como todas las orquídeas, en arbolitos de jícaro o guacal que son tan favorables abrigos de ellas en general.

No tengo datos sobre su extensión austral sobre la costa, pero tierra adentro cruza la frontera con Panamá y abunda todavía en los valles del Telire, región de majestuosa floresta, máxima tal vez de Costa Rica. Allí el porte de los árboles y su elevada ramificación la lleva muy arriba del alcance del coleccionista casual. Para conseguir las es menester llevar moradores de esas soledades, por cierto muy escasos. Son muy hábiles y valientes trepadores, que suben a esos árboles enormes, lenta pero seguramente en la mayoría de los casos por lianas o raíces colgantes de *Ficus*, *Clusia* u otras epífitas cuyo sistema radical permite esa manera de ascender hasta las primeras ramas laterales.

Habitaban esas montañas unas feroces hormigas, más propiamente *Murillidinae* cuyo piquete es atroz y hasta produce fiebre. El indio que ve un animal de esos sobre un tronco, por más bella *Dowiana* que tenga, no sube por nada del mun-

ron, debido a inadecuadas condiciones de altura, clima, suelo, etc. Sin embargo, sobreviven algunos ejemplares, que ya están cosechando frutos y con adecuada asistencia y ayuda, podría propagarse en alturas mayores de 1.700 metros. No hay ninguna otra especie forestal mejor recomendable para la región devastada en el camino al Cerro de Buena Vista (Cerro de la Muerte). En su país de origen la mitad de la madera que se consume procede de este árbol."

"Considero que han habido dos introducciones en la agricultura de Costa Rica de notable impacto. Primero, el café, cuya historia es más o menos conocida y muchos años después, el ciprés (*Cupressus lusitanica*, Mill), conocido también como *Cupressus Benthami* Endl.), este último por D. Federico Tinoco (padre) que desarrolló cultivos de café en Juan Viñas y sus alrededores. Don Federico importó el ciprés de Guatemala e hizo grandes almacigales en Los Angeles de Juan Viñas desde donde lo extendió por todas partes, haciendo otra gran fuente de distribución en las propiedades de los señores González Soto, en Pacayas. A. D. Ezequiel Gutiérrez le regaló un arbolito

do. Y buena razón tiene. Además, hay una serie de nocivos bichos para que no se aburra demasiado quien va en el monte tras las orquídeas: avispas numerosas y las molestas aunque inermes arragres, que aturden a uno subido en un árbol; de vez en cuando alacranes pueden amenazar al intruso y, en tierra, a la hora menos pensada, el ojo avisor ve de repente el diseño cruzado de alguna "terciopelo" o "cascabela muda", azotes terribles de esa costa. De modo que la Guaria Reina tiene unos súbditos celosos, listos a su defensa, además de las innumerables hormigas y avispas corrientes en toda montaña.

La mata ya alcanzada por el indio se separa con el machete y amarrada con un bejuco o mecate, se baja cuidadosamente a tierra, para continuar su viaje en un canasto o simplemente arrojada al hombro. Generalmente las matas sufren mucho más en la salida del monte que en su recolecta. Por desgracia y en parte debido a su ecología de ambiente caliente y húmedo, esta *Cattleya* es la de menor resistencia. Pequeños golpes que reciben las especies suramericanas sin afectarse, son con frecuencia fatales para la *Dowiana*. De igual manera, en su cultivo es la más reacia y la que menos se ve en estado de lozanía. Es poco frecuente que perduren más de dos o tres años en buen estado.

Han sido utilísimas para fines de hibridación ofreciendo como factores admirables sus bien contrastados colores y aunque a los ojos del orquidólogo su forma es deficiente, en varias generaciones de cruces ha venido modificándose hasta producir resultados de increíble belleza. Casi todos estos híbridos son de constitución débil y cultivo difícil. Un resultado muy interesante es la producción de *C. fabulosa* con más o menos la tercera parte de sépalos y pétalos blancos y en otras variedades, variando del color rosa pálido hasta un morado muy oscuro.

que sembró en Cóncevas. En el año 1911, estando en pleno desarrollo producía grandes cantidades de semillas, las que distribuí en la hacienda Cachí y en otras partes. Muy pronto tanto Cóncevas como Cachí fueron centros de distribución de tan útil árbol. Mi vecino D. Oscar Anderson hizo grandes plantaciones, que todavía subsisten. Pero probablemente el mayor desarrollo del ciprés se debe a D. Botto Steinvorth, quien cambió el panorama en la zona norte de San José y Heredia, embelleciéndolo y mejorando el clima de sus alrededores. A Don Federico Tinoco merece que se le haga un homenaje en reconocimiento por el éxito de su empeño. Este homenaje podría hacerse en el actual Museo Nacional, la vieja casa de Don Mauro Fernández, siendo la hija de éste. Da. María, la esposa del hijo de su mismo nombre, expresidente de Costa Rica. Esta casa fue convertida en fortaleza y su destino fue cambiado por los empeños de Da. Doris Stone, atendidos por Don Pepe Figueres, que la convirtió en Museo".

En relación con el Museo, cabe hacer referencia a una gacetilla que apareció en "La Nación" de marzo 3 del año en curso, firmada "Un machito" que dice así: "Quien esto escribe conoció el Museo Nacional desde que estaba en el Barrio El Laberinto, en tiempos de D. Anastasio Alfaro, de tan grato recuerdo y para precisar fecha, recuerdo que fui invitado al baile que dio D. Rafael Iglesias en el Teatro Nacional para celebrar el Siglo XX, por una hermana suya. Eran esos tiempos de D. José C. Zeledón, D. Anastasio y de un excelente maestro en Taxidermia, Cecil Underwood. Luego se trasladó a la ciudad en donde quedó muchos años, en la manzana que actualmente ocupa el Seguro Social. Formé parte de la Junta Directiva del Museo alguna vez. Fue D. José Figueres quien a ruego de Da. Doris Stone convino en convertir el Bella Vista de cuartel en Museo. Como era natural, hizo hincapié en su predilección por la Arqueología del país y su admirable dedicación produjo el soberbio resultado actual. Ella no es entomóloga, ni interesada en cualquiera otra rama de las Ciencias Naturales, pero hizo posible que otras entidades pudieran progresar, sin que nadie, al parecer, aproveche la oportunidad. A la Sra. Stone se debe la existencia de un museo arqueológico de fama internacional, además de su amistoso interés en los grupos remanentes de los aborígenes del país. "Stone" es su apellido. Así como "piedra" será aquí

duradera su fama". No cabe duda de que este "Machito" es D. Carlos Herbert Lankester.

Son muchísimas las especies nuevas para Costa Rica, de plantas, insectos y aves, descubiertas por este notable naturalista, británico de nacimiento, pero tico de corazón. En una nota separada de estas líneas, se mencionan algunas de las más notables, unas pocas solamente (*). En su opinión, la más notable adición a nuestra Flora constituye el descubrimiento de la malvácea *Wercklea lutea*, Rolfe, árbol de porte mediano de bellísimas flores amarillas, que crece abundante en Cascajal, en donde tuvo una finca y que después ha sido localizado en otras regiones, como el Valle de El General, etc. El género *Wercklea* lo creó el Dr. Paul C. Standley para honrar la memoria del descubridor de la no menos bella especie, de flores rosadas, la *Wercklea insignis*, Standley, por el erudito y malogrado botánico alsaciano, Carlos Wercklé. Ambas especies, la rosada y la amarilla, han sido importadas por algunos jardines botánicos extranjeros y es de lamentar que son casi desconocidas en su país natal. En el jardín de Da. Amparo de Zeledón, en algunos jardines en Gua-

(*) Algunas adiciones de especies no conocidas a la Flora de Costa Rica, unas pocas solamente:

- Cranichis Lankesterii*, Ames;
- Habenaria Lankesterii*, Ames
- Cryptocentrum gracillium*, Ames & Schweinf;
- Hexisea Lankesterii*, Ames.
- Dichaea ciliolata*;
- Lankesterella costarricensis*, Ames
- Dichaea Lankesterii*, Ames:
- Lepanthes estrelensis*, Ames
- Eileanthis tricallosus*, Ames & Schweinf;
- Lepanthes grandiflora*, Ames & Schweinf;
- Epidendrum adnatum*, Ames & Schweinf;
- Lepanthes tridens*, Ames.
- Epidendrum circinatum*, Ames:
- Maxilaria arachniflora*, Ames & Schweinf.
- Epidendrum Cerscentilobium*, Ames:
- Notylia Lankesterii*, Ames.
- Epidendrum dentiferum*, Ames & Schweinf;
- Oncidium Lankesterii*, Ames
- Epidendrum dolabilabium*, Ames & S.
- Ornithidium Lankesterii*, Ames
- Epidendrum estrelense*, Ames & S.
- Pleurothallis grandis*, Rolfe
- Epidendrum incomptum*, Schlecht.
- Pleurothallis saccata*, Ames
- Epidendrum intermixum*:
- Sobralia atropubescens*, Ames & Schweinf
- Epidendrum Lankesterii*, Ames:
- Sobralia Carazoi*, Ames & Schweinf
- Epidendrum laterale*, Rolfe:
- Stelis Lankesterii*, Ames.
- Epidendrum nervosiflora*, Ames:
- Telipogon Lankesterii*, Ames
- Trigonidium Lankesterii*, Ames:
- Vernonia Lankesterii*, Standl.
- Thalictrum Lankesterii*, Ames:
- Capparis Lankesterii*, Standl.

dalupe y en alguna otra parte hemos visto crecer vigorosamente muy lindos ejemplares de *Wercklea insignis*.

A pesar de su índole modesta y carencia absoluta de exhibicionismo, el Sr. Lankester ha recibido honores y distinciones de todas partes del mundo, aún aquí mismo. El Garden Club de San José lo hizo Miembro de Honor y en varias ocasiones le ha rendido homenaje por su brillante labor. Una sección del Jardín Botánico de Río de Janeiro lleva su nombre y los más importantes museos y jardines botánicos del mundo lo recuerdan con cariño y estima por sus valiosas donaciones. El 10 de junio de 1961 la Embajada Británica en nuestra capital lo invitó y a algunos de sus amigos, entre quienes tuve el honor de figurar, a una ceremonia para imponerle la insignia de la Muy Excelente Orden del Imperio Británico, División de lo Civil, ordenada por S. M. La Reina Elisabeth II. A las elocuentes frases del Sr. Embajador, el homenajeado contestó: "En el transcurso de una larga vida, yo, como todos nosotros, he tenido muchas sorpresas, algunas gratas y otras desagradables, pero tal vez la sorpresa más grande y la que ha causado más íntima satisfacción y contento, es la que tuve al saber el 1º de Enero de

este año que la Reina me había considerado digno de la Orden del Imperio Británico. Es una distinción que aprecio en lo más hondo, y además, para mí motivo de placer particular haberla recibido en presencia de tantos viejos amigos de manos del Sr. Embajador, a quien en forma sincera y calurosa deseo expresar mis gracias por las palabras amables que ha pronunciado al referirse a mi persona. Como ha dicho el Sr. Embajador, he vivido muchísimos años en Costa Rica. Durante ese tiempo he podido ver muchos cambios: pero hay una cosa que ciertamente no ha cambiado, el carácter tan simpático de los "ticos" entre los cuales me honro en tener muchos y muy queridos amigos. Creo que es verdad afirmar que durante mi larga permanencia en Costa Rica he vivido en el más íntimo y cordial contacto con el pueblo y considero que esta condecoración me ha sido concedida, no solamente por los humildes méritos que tal vez poseo, sino también, en un sentido, en reconocimiento de la feliz y tradicional amistad y concordia que existe entre los de mi país natal y el de mi adopción, Costa Rica" (4).

(4) LA NACION - Junio 13 - 1961.



Arribo a Muelle de San Carlos, término de nuestra prolongada y penosa travesía en un minúsculocayuco. — Foto del autor.